

JOSÉ LEZAMA LIMA EN LA HABANA

MARÍA ZAMBRANO

EN EL VIGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE JOSÉ LEZAMA LIMA (1912-1976) SACAMOS DE NUESTRO CAJÓN Y REPRODUCIMOS ESTE TEXTO DE LA PENSADORA MALAGUEÑA MARÍA ZAMBRANO, PUBLICADO EN EL NÚMERO DE JUNIO DE 1968 DE LA DESAPARECIDA REVISTA MADRILEÑA *Índice*.

La aversión a lo concreto, propia de los llamados realismos, aparece como la más superficial de las causas que dislocan una figura, que separan a una presencia humana del lugar en que vive, en que respira, se mueve y se da. Y parece que se resta universalidad a un poeta alguien que crea o alguien que de veras piensa al adscribirlo a un lugar determinado. Ni tan siquiera las rememoraciones de la Edad Media, que tanto han proliferado últimamente, han servido para esclarecer que el ser llamado “de Aquino”, por ejemplo, no disminuye en nada la luminosa universalidad de Santo Tomás. Hoy sonaría a burla o menosprecio, o a simple pedantería, el nombrar a alguien así, con su nombre propio seguido del nombre de su pueblo o de su ciudad. Sin embargo, el que no pueda nombrarse a nadie de esta forma no es más que un signo de esa “dislocación” que el hombre sufre desde hace ya largo tiempo.

No podría decir que me asaltaran estos pensamientos cuando, un día ni cercano ni lejano, un día de octubre del año treinta y seis, el mismo en que pisé tierra de América en La Habana, pocas horas después de

hacerlo y sin anuncio alguno, conocí a José Lezama Lima. Todo sucedió con naturalidad, con esa ligereza con que lo real viene a nuestro encuentro. Y lo más real para un ser humano es el destino, que por tremendo que sea, que aun siendo trágico, se presenta sin ser notado y sin ser proclamado. (Anunciado sí suele serlo, mas por signos menudos, misteriosos, inasibles.) Eran días, aquéllos, en que, para quien esto escribe, el destino se había presentado irrevocable. Y el último paso de su presentación, de su aceptación, estaba allí, en La Habana, ciudad primera de habla española, mas al otro lado del mar, que un tiempo incontable gastado en atravesarlo había hecho simplemente inmenso.

Y en la inmensidad apareció, con la fragancia con que todo lo real debería aparecer, naciente de la inmensidad marina, la ciudad de La Habana; y como todo lo verdaderamente real, lo hizo al modo de una respuesta, como un cumplimento que actualizara una larga expectativa, y hasta como una esperanza que aguardara para actualizarse el verse colmada. Era anti-



Foto de *origenistas* en La Habana. De pie, de izquierda a derecha: Cintio Vitier, Mariano Rodríguez, Alfredo Lozano, José Lezama Lima, Lorenzo García Vega, Mario Parajón, Julián Orbón, Gastón Baquero, Aracely Zambrano, Enrique Labrador Ruiz y Agustín Pi. Sentados, de izquierda a derecha: Mercedes Orbón, Fina García Marruz, padre Angel Gaztelu, María Zambrano y José Rodríguez Feo. (Foto tomada del libro *Los años de Orígenes*, de Lorenzo García Vega.)

gua la ciudad, y de ahora, del instante: había estado allí siempre; respiraba gozosa y contenida, se derramaba por sus calles y plazas, por sus avenidas, y ascendía por sus torres y palmeras; se transparentaba, en un inasequible misterio, por los cristales azules --de un azul que sólo en ella existe-- de los arcos de medio punto que cerraban sus patios; se abría en espacios para todos y en espacios de esa intimidad que sólo los países del Sur conocen, con la generosidad nacida de un misterio que irradia y que trasciende en aromas y reverberaciones, sin entregarse.

El hermetismo de las culturas del Sur, que deben ser las más antiguas o las que mejor han conservado el centro oculto e irradiante de lo antiguo. La generosidad del Sur, que se da trascendida en olores y reflejos, en ecos, en miradas, en árboles que florecen, rastros del paraíso: un paraíso encerrado, mas no amurallado, al que no se puede entrar, pues hay que estar ya dentro desde siempre.

Para quien no esté iniciado por nacimiento y tradición, o para el que pase distraído por los lugares --los lugares de verdad, de los que no hay muchos en nuestra tierra--, La Habana, ciudad del Sur en la raya del trópico, puede parecer ciudad fácil, y aun halagadoramente fácil, desconociendo así, para siempre, la plenitud de la presencia de una ciudad que se impone subyugando, la hospitalidad y la refinada cortesía de sus habitantes, que puede muy bien ser para el distraído viajero una irónica amabilidad y una hospitalidad "extra domus". Lo sacro se cela en el Sur entre cancelas, hojas y cortinas de aire sólo atravesables por aquel que mira sin curiosidad, sin apetito siquiera de penetrar en lo sacro, sintiéndolo en el aroma y en el reverbero, con paciencia disponible para aguardar a que un día le digan que pase, con una cierta ceremonia siempre, mas sin dejo de ironía, pues ya ellos, los que viven dentro, han reconocido al que llega como a alguien que procede de un lugar semejante al suyo, alguien que sabe de lo sacro permanente, de cada día, de cada luz; alguien que llega con ofrendas que no impone, y que ni siquiera sabe que las lleva mejor todavía si no lo sabe, si mira aceptando solamente y al aceptar se da por entero, en la medida en que alguien pueda darse por que sí, como es porque sí toda criatura viviente. Y en tal caso puede ocurrir que salgan a su encuentro. En este modo de concebir la vida pues que de eso se trata lo que menos se soporta es la impostura en cualquiera de sus grados y máscaras, ni aun esa impostura en la que pueden incurrir los que sólo tienen buena intención sin fe.

Y en aquella Habana donde me sentí en seguida como en "una patria prenatal" creo haber escrito algún día, el muy joven José Lezama Lima me fue dado

a conocer sencillamente, al instante. No recuerdo si ya había publicado algo, y el no recordarlo quiere decir, simplemente, que su presencia tenía plenitud, que era eso: la presencia de alguien que, por ser plenamente y ser de un lugar, no necesitaba haber realizado nada que se le añadiera, nada que lo adjetivase. Que la expresión, aun siendo esencial en esta especie de personas que se presentan "en modo sustancial", puede manifestarse después, y hasta, por extraño que parezca, no manifestarse. No era una "promesa" Lezama Lima, es lo que quiero decir: esa promesa que a todo joven brillante se le concede ser y que tantos reclaman. Era, simplemente. Y aquellos que son suelen llevar al lado a alguien que brilla más que ellos. Su modo de manifestarse no es el del brillo que deslumbra, sino el del silencio que inevitablemente se hace a su alrededor, aunque sea, como entonces, en una cena improvisada entre gente joven y donde no faltaba ciertamente un tema candente del cual hablar. Aun en aquella apasionada conversación era sensible el silencio que hacían sus palabras: un silencio que es cualidad y no extensión, que se produce cuando las palabras tienen cuerpo, como en este caso, dejando huella antes de volar. La luz, esa de la que cada persona goza o carece, aparecía contenida y hasta un tanto apresada, aunque sin tiranía, en la presencia de aquel muchacho; ese modo de estar la luz en quienes meditan incesantemente sin dejar escapar el instante, sin asfixiarlo tampoco. La luz que sigue a la respiración, que respira ella misma.

El futuro, pues, le estaba abierto, en verdad. Y, por ello, no había que imaginarlo, y ni siquiera suponerlo. Era alguien que, tan joven, salido apenas de la adolescencia, no tenía que ser consolado ni animado para emprender carrera alguna. Vivía en el presente, cosa tan negada en principio a los jóvenes, presa como son de las dos dimensiones devoradoras del tiempo: el pasado y el futuro y aun algunos de ellos dados a seguir una "carrera", el porvenir; un porvenir que ocupa el futuro, onnubilándolo, y que aborrece el pasado, por inaprovechable. Lezama vivía en esa difícil encrucijada, en ese punto que es el tiempo presente; un punto-espacio-tiempo al que hay que alzarse con una destreza que sólo la más sutil sabiduría proporciona y para la que los saberes no bastan.

Y como decir presente tampoco basta, hay que señalar que este punto temporal en el que Lezama hacía sentir ya entonces que moraba, no era ni podía ser el instante efímero, pues no se puede morar en lo fugitivo, en ese aspecto más que dimensión del tiempo en que este es la corriente huidiza que apenas deja parpadear a la realidad y a quien la mira, que no deja ni tan siquiera vislumbrar la posibilidad de la contemplación.

Es el presente verdadero que se crea. Y así diríamos que el primer acto de aquel a quien es dado contemplar consiste en una especie de creación del tiempo a ella adecuado, que la suscita y alberga. Se advertía, en el reposo mismo de sus palabras, que nada se le escapaba, que el tiempo no se le escapaba, cosa que con los años, a lo largo y a lo ancho de su vida, se ha manifestado tan claramente.

No se sabría decir si esta manera de habitar el tiempo, creando o por lo menos descubriendo una de sus más recónditas dimensiones, sea consecuencia de habitar en un lugar de modo pleno ya que en los asuntos de la vida personal la relación de causa a efecto no lo explica todo, mas, en todo caso, se puede afirmar que ambos hechos están íntimamente ligados. El habitar en un lugar, el llevarlo consigo en ciertas situaciones, va unido a la posibilidad de disponer de ese presente precioso que es la contemplación. Y cuando el lugar de la persona, ese que ella fabrica y mantiene, es el mismo en que nació y creció, como sucede en el caso de Lezama Lima, entonces es inevitable que ese lugar, que esa ciudad quede esclarecida y que las situaciones que en ella se produzcan, y el laberinto que es siempre la vida en una ciudad, encuentren el hilo que la paciente Ariadna paciencia y contemplación se implican ha ido hilando y condensando a la par, extrayéndolo de sus propias entrañas. Pues cuando alguien habita verdaderamente un lugar, como José Lezama Lima La Habana, cuando el laberinto que forman las propias entrañas reclama ser recorrido y resulta ser coincidente con el laberinto de su ciudad, podría decirse en lenguaje filosófico que el propio, personal laberinto y su reclamo resultan ser, trascendental y muy kantianamente, por cierto, según espacio y tiempo. Sólo que, mirando las cosas de este modo, se produce una conjugación que no desmiente, sino que cualifica, la trascendentalidad la conjugación ¿no es acaso trascen-

dental, y más si se advierte que salva de la declinación, y especialmente de algunos de sus casos?

Y la obra toda de Lezama asistió a ello durante largos y hondos años, desde ese tiempo sin medida, por revelador, que es para mí el tiempo vivido en La Habana, y su persona, primera y última de sus creaciones, tuvo ese poder conjugante. Mientras le ofrecían la ortiga esa que en los lugares del Sur ofrecían, cuando no la cicuta, en aquellos lejanos años su presencia y su obra operaban. Pues la contemplación es lo que más honda, decisivamente opera, y no sólo de persona a persona, sino en el ámbito de la ciudad. La contemplación que convoca. Mientras le ofrecían la ortiga, Lezama era el imán que convoca a lo que ha de convocar siempre el imán: a prosternarse y alzarse rítmicamente ante la luz naciente, la luz que despierta de los sueños más tercos, de los más lóbregos, aunque sea "pour cause"; la luz que hace brotar el canto, que llama a cantar, a entonar, a entonarse con ella y por ella.

Y así, la poesía de Lezama y su prosa crítica, ensayos, y su modo de hacer aparecer revistas literarias que no se olvidarán, de estar presente entre pintores y músicos, tenía carácter de himno. Un himno, aunque por ello y para ello se penara. Se sentía que la hermandad circulaba entre ellos, entre los que acabaron formando el grupo de "Orígenes". Hermandad y no secta. Los envolvía una especie de lugar esclarecido, y, quizás más todavía, una vibración y un respiro. Hermandad con la música de Julián Orbón, con la pintura de Mariano, de Portocarrero, la obra de Lezama ponía al descubierto lo que la contemplación tiene de hermana del canto y de la luz que se encarna en la tierra de la pintura, la unidad de la apatencia humana más irrenunciable, la de hacer tiempo, espacio, lugar propio donde la luz se pose y se vaya conjugando con todo lo que la resiste, para dar ritmos, formas, pensamiento. Pues sin esa tensión y ese fruto la humana historia es nada más que una declinación en que el sustantivo, el nombre, sin verbo, se pierde.